



REVELACION

por VIOLA DANA,
MONTE BLUE, ETC.

N.º 50

30 cts.



La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona

Año II

N.º 50

REVELACIÓN

(REVELATION, 1924)
Sentimental producción, adaptación cinematográfica de una famosa novela extranjera, interpretada bajo el siguiente

REPARTO

Julia Hofer	VIOLA DANA
Pablo Granville	MONTE BLUE
Señorita Brevoort.	MARJORIE DAW
Conde Adrián de Roche	LEW CODY
La Madonna	KATHLEEN KEY
Señor Hofer	GEORGE SEIGMAN
Señora de Hofer	ETHEL WALES
Du Cobs.	OTTO MATIESEN
Juan Hofer	BRUCE GUERIN
Fray Agustin	EDWARD CONNELLY
El Prior	FRANK CURRIER

METRO GOLDWYN PICTURES

Exclusiva de Metro Goldwyn Corporation
Rambla de Cataluña, 122 — BARCELONA

REVELACIÓN

Argumento de la película

Se ha dicho que el justo cuya virtud es áspera y desprovista de caridad, falta a veces más gravemente que los mismos pecadores.

En torpe error incurrió el padre de Julia Hófer cuando ésta, desamparada por el hombre que la hizo seguir un falso sendero con el engaño de la ilusión, regresaba a su hogar, con el tierno fruto de su culpa en brazos, implorando el perdón.

—¡Vete, maldita!—rugió.

Fué inútil que la madre, llorando a partir el alma, suplicase al esposo que acogiese a la infeliz. Nadie ni nada pudo ablandar el corazón del rudo jefe, y Julia tuvo que recurrir a una resolución extrema para, cuando menos, proteger a su hijito contra el frío y la miseria.

En el convento del Sagrado Corazón de la pequeña aldea francesa en que vivía su familia, y que atendía a remediar, en la medida de lo posible, infortunios como el que cayó sobre Julia, abandonó ésta a la criatura, entregando con ella, al implacable torno, su alma.

¡Qué gran esfuerzo fué preciso hacer para renunciar a aquel tesoro de carne propia! Pero así lo quería el destino...

Acogotada por la necesidad, sin orientación de ninguna clase, Julia pensó en París, la ciu-



En el convento del Sagrado Corazón abandonó Julia a la criatura...

dad de los placeres y la alegría, refugio también para los que buscan olvidar o que los olviden.

Julia era bella, joven, graciosa, y tales condiciones no debían pasar desapercibidas...

No le fué difícil hallar trabajo... y el café montmartrense de "Las Tres Delicias" recuperó la casi perdida popularidad gracias al entusiasmo que sentía el público por una bailarina a la que todos conocían sólo por el nombre de Joline.

Asistamos a una de las funciones de este cabaret de ínfima categoría.

—¡Atención, señores! Aparecerá ahora nuestra principal atracción: la favorita y mimada del público, la incomparable JOLINE—anunció el empresario y *régisseur*, después de otros números de relleno.

Y saltando alegremente, invitando a la locura a los espectadores que llenaban las mesas de consumación, presentóse en la sala la artista, la madre ignorada, aquella que al perder la esperanza de su salvación en el seno de su familia dejó de llamarse Julia.

La fama de la pequeña bailarina llegó hasta los bulevares e hizo ir al mezquino café montmartrense al conde Adrián de Roche, un aristócrata que era un conocedor del arte y de las mujeres.

Un apache de alma ruín se había prendado interesadamente de Joline, y pretendía dominarla. A este indigno sujeto se dirigió el Conde para que Joline aceptase, después de la función, beber unas copas de champaña en su mesa.

La bailarina, comprendiendo los propósitos

del noble, se negó a aceptar su invitación, a pesar de los requerimientos brutales del apache; pero como la violencia que éste demostraba podía ser fatal para todos, accedió, al fin, a complacer, de mala gana, al rico cliente.

En un velador no muy distante del que ocupaban Joline y el Conde, Pablo Granville, jo-



Y saltando alegremente, invitando a la locura a los espectadores...

ven pintor norteamericano que soñaba con conquistar un nombre y al que la falta de recursos le impedía pagar una modelo, trataba, en aquellos momentos, de aprisionar en un apunte que serviría de tema a su próximo cuadro, la gracia fugitiva de Joline.

El camarero del establecimiento se fijó en la ocupación del bohemio, y como Joline viera que éste la miraba y le preguntó a aquél quién era, el "garçon" le respondió:

—Es otro de los muchos admiradores de usted, señorita.

—¡Ah!

—No hay noche que no venga a verla bailar y a llenar de dibujos su cuaderno de apuntes.

—Muy interesante...

—¡Bah! Es demasiado pobre para que valga la pena hacerle el menor caso. Lo único que pide es un litro de nuestro vino más barato que acompaña con un pedazo de pan o algunas galletas que trae en el bolsillo.

Joline, admirada de lo que acababa de oír, cogió de una mano al Conde y con gran alborozo fué a sentarse a la mesa del bohemio.

El aristócrata bendijo aquella ocasión que le deparaba el placer de ver sonreír a su lado a la bailarina, y decidió consentir en todo lo que a ella se le ocurriera respecto al pintor.

Joline se apoderó de los apuntes del bohemio, y después de alabar uno por uno todos ellos, los cedió al Conde para que emitiese también su opinión.

El apache miraba aquel juego con la peor intención, celoso del pintor, hacia el que Joline se sentía súbitamente atraída, sin poderlo disimular.

Pablo sonreía, y cuando el Conde, luego de examinar sus apuntes, le hizo varias pregun-

tas, contestó brillándole en los ojos el deseo de abrazar a la gloria:

—Sí, señor, quiero presentar en el Salón un cuadro de la Bacante, pero me es imposible pagar la modelo que necesitaría para pintarlo.

Rápidamente, obedeciendo a un deseo del corazón, Joline exclamó:

—¡Yo le serviré de modelo!

—¿Usted? ¿De veras?—dijo el pintor, altamente asombrado.

El apache no pudo reprimir su indignación, y sin más derecho que el que él mismo se había atribuido, intentó oponerse hárbaramente a los planes de la bailarina, pero fueron varios a sujetarlo, y quedó vencido...

Al día siguiente, Joline se presentaba en el estudio bohardilla de la calle de Saint André des Arts, en el que trabajaba Pablo.

En la calle, el apache intentó detener a la modelo, mas ésta, que le vió a tiempo de evitar su encuentro frente a frente, echó a correr y le cerró la puerta de la calle de la casa en las narices.

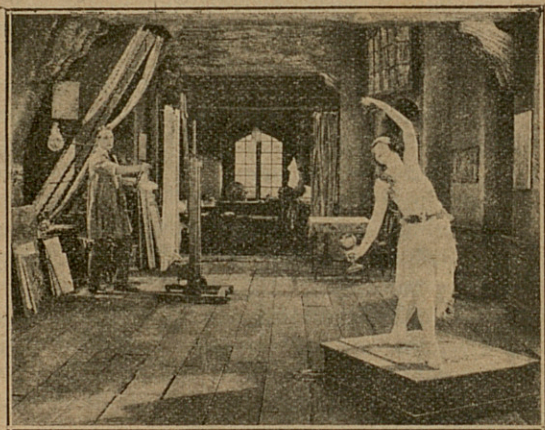
Pablo saludó con los labios y los ojos a su cariñosa Musa, y a poco, transformada Joline, en un santiamén, en Bacante, con el mismo disfraz con que bailaba en el café montmartrense, el artista empezó su obra, la obra de sus sueños.

Antes de colocarse en el estrado de las modelos, Joline había provisto de manjares la alacena vacía de Pablo.

Transeurrieron algunos minutos, al cabo de los cuales un rostro odioso apareció detrás de los cristales de la ventana del desván.

—¡Oh!—gritó Joline.

El intruso era el apache. Había escalado la pared por la tubería del agua hasta el alféizar de la abertura al aire y al sol del estudio.



...y a poco, transformada Joline, en un santiamén, en Bacante...

Cuchillo en mano, el apache se abalanzó diestramente a Pablo, mas éste, precaviéndose en el acto, impidió la agresión, derribando al suelo al canalla, secundándole en administrarle una merecida paliza, la propia Joline, que fué

quien contribuyó, echándole una bata a la cabeza, para sumergirle en sombras, a obligarle a besar el polvo.

Los brazos y las manos de Joline se cansaron de pegar, y como epílogo, Pablo, cogiendo al apache como si fuera un montón de basuras, lo echó escaleras abajo, sin detenerse a pensar si al llegar al final se habría partido la cabeza. No fué así, por desgracia...

Después de la lucha, Joline y Pablo se detuvieron unos instantes a mirarse... y sus miradas fueron tan elocuentes, tan dulces, que la paloma blanca que acertó a entrar en el estudio por la ventana abierta a la pureza del cielo, fué testigo de encantadora escena.

*
* *

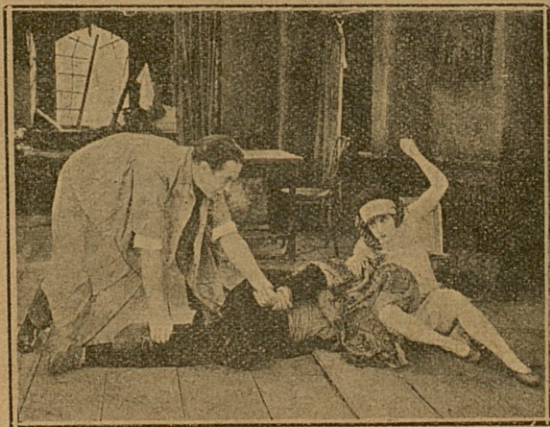
La exhibición anual en el Salón era un verdadero acontecimiento en la vida social de París.

Los cuadros mediocres ocupan el puesto más elevado, en tanto que a los de verdadero mérito se les coloca en otros menos altos. Entre los últimos se contaba el que había presentado Pablo.

El público, selecto y numeroso, contemplaba con fruición la obra del simpático bohemio, y Joline, entusiasmada, se abrió paso entre el gentío, para ponerse delante de su cuadro, con unas ganas tremendas de gritar a todos los ecos que lo había pintado Pablo y que ella era la modelo.

El artista tuvo que esforzarse para calmar a la alocada muchacha, pero cuando el Jurado, después de deliberar, colgó en el lienzo la etiqueta de "PRIMER PREMIO", la vehemencia de Joline se desbordó en inverosímiles saltos y abrazos al afortunado autor.

¡Oh! ¡Habían vencido en toda la línea! ¡La



...secundándole en administrarle una merecida paliza, la propia Joline...

Fama, la Gloria, les abría esplendorosamente los brazos de oro!

Pero el apache no había desaparecido, y burlando la vigilancia de los empleados del Salón y de la policía, desgarró con su cuchillo la premiada tela.

—¡Bandido!—clamó Joline, arrojándose sobre el miserable, al que reducían a la impotencia varias personas.

Pablo, anonadado por tan tremenda desgracia, deseaba desaparecer del mundo.

La policía se llevó al miserable, al que acompañaban los arañazos y la ira de Joline, que, reuniéndose con el pintor, para compartir su inmenso dolor, rompió, de súbito, a reír como presa de locura, y dijo, luego, con alegría:

—Después de todo, te ha hecho un gran favor, Pablo. La noticia saldrá en los diarios y eso servirá para que tu nombre se popularice en todo París.

—Es cierto—aprobaron varios miembros del Jurado.

Pablo se recobró instantáneamente, y estrechaba con frenesí las manos de la linda modelo.

...

La naciente celebridad y la protección que le dispensaba el Conde proporcionaban bienestar y riqueza a Pablo Granville, que seguía hallando en Joline cuanta inspiración necesitaba para sus cuadros.

A la sazón pintaba Salomé. Las poses duraban mucho, y Joline no pudo menos de protestar, aquel día, de la tiranía del artista.

Apenas terminada la sesión, a instancias de Joline aquella vez, llegaron al nuevo y ele-

gante estudio varios amigos del pintor y de la modelo. Detrás de éstos apareció el Conde, con una caja de finas flores para Joline.

Desde luego, el Conde tenía su segunda intención al favorecer a Pablo.

Joline acarició las flores regaladas por el astuto aristócrata, al que ella no consideraba más que como amigo, y aspiró suavemente su aroma.

Puso tal sentimiento en esa operación, que el Conde comentó:

—Por un momento he visto en usted, Joline, a la Diosa de las Rosas.

—¿Yo una diosa?...

—La Diosa de las Rosas, sí, pero no la Madonna de las Rosas de que nos habla la leyenda.

—¿Qué es ello?—inquirió Joline, uniéndose Pablo a su curiosidad.

—Es un asunto muy poético el de esa leyenda de la Madonna de las Rosas—explicó el Conde—, y si usted, Pablo, halla en él tema para un cuadro, le encargaré que lo pinte para mí.

—Con mucho gusto. Cuénteme usted eso... y veremos...

El Conde refirió la leyenda:

El lugar de acción fué un monasterio que aun existe.

Hace siglos, cuando dicha morada monacal estaba recién edificada, uno de los monjes plantó un rosal que, a despecho del esmero con que lo cuidaba, no llegó a dar ni una sola rosa.

Afligido el buen monje por lo que consideraba signo manifiesto del desagrado de Dios, solía pasarse horas enteras cerca del rosal llorando sus pecados e implorando la intercesión de la Virgen. Y he aquí que en una ocasión apareciósele la celestial Señora y el rosal quedó cubierto de rosas de suavísimo aroma.

Pablo revivía la leyenda en imaginación.

Joline estaba pendiente de las palabras de Pablo, deseosa de que se decidiera a pintar el cuadro.

Uno de los amigos, encantado de la idea, exclamó:

—¡Qué hermoso asunto para el genio de un artista que sepa sentirlo!

Y Pablo, despertando de su ensimismamiento, anunció su determinación de ejecutar el encargo:

—¡Será mi próximo cuadro, la Madonna de las Rosas; y he de pintarlo en el mismo jardín de ese monasterio!

La noticia fué del agrado general.

—Muy bien, muy bien. ¿Y queda muy lejos eso? ¿Cuándo salimos?—palmoteó Joline.

La ex bailarina desataba que ella sería la modelo, y al decirle Pablo que ésta debía ser una mujer dotada de un rostro místico capaz de interpretar la bondad incomparable de la Madonna, protestó con todas sus energías.

Los amigos se rieron descaradamente de la pretensión de la atolondrada muchacha, mucho más cuando ésta, para la perfecta imitación de la Virgen, se puso delante de un cua-

dro que la representaba con el divino infante en sus brazos.

El alma de Joline se anegó en llanto, que desbordó por sus bellos ojos, al considerarse infinitamente pequeña al lado de aquella magnífica figura inmaculada.

Nadie comprendió la pena de la muchacha. Las risas aumentaron, hiriéndola cruelmente, tanto, que la emprendió, ciega de cólera, contra todos, obligándoles a marcharse; y cuando el Conde se disponía, en último lugar, a partir, para reunirse con sus amigos que le estaban esperando en la puerta, Joline destrozó las flores con que la obsequiara, contra su rostro, con ferocidad, diciéndole:

—Se cree usted muy listo, ¿verdad? Propone que Pablo pinte ese cuadro para alejarlo de mí y quedar así en libertad para enamorarme.

El Conde era hábil y no tomó muy a lo serio la broma pesada de Joline, esperando mejor ocasión para lograr sus ansias, y despidióse de Pablo, tan amigo suyo como siempre.

Al quedar a solas, antes de que Pablo pudiese censurar a Joline su incalificable conducta con sus amigos, ella le dijo:

—Yo te serviré de modelo para ese cuadro, o no lo pintarás.

Pero Pablo, desoyendo la amenaza de Joline, buscaba una modelo, y durante su ausencia se presentó una que, precisamente porque hubiera podido ser aceptada, fué despedida con buenas formas por ella.

Al regresar, Pablo encontró en el suelo los pedazos de la tarjeta de la modelo en cuestión, y regañó severamente a Joline por no haberla atendido.

—Es que ninguna de ellas serviría para ese cuadro. ¿Dónde se ha visto una Madonna fea?

Pablo no recataba su disgusto, pero a pesar de ello, Joline persistía en su idea de no admitir a ninguna otra mujer en el estudio.

Una carta del Conde vino a confirmar a la muchacha sus temores:

Encantadora Joline:

Tuvo usted razón. Fué un ardid mío para alejar a Pablo. Déjelo que se vaya a inspirarse en el jardín del monasterio para pintar su Madonna; yo me encargaré de que la linda Bacante no halle demasiado tediosos los días en que su ingrato artista esté ausente.

Su rendido admirador,

De Roche.

Y aquel mismo día se presentaba en el estudio una modelo recomendada por el Conde, y cuyo rostro convendría sin duda al pintor.

Pablo se había burlado de Joline al encontrarla frente al espejo ensayándose para interpretar a la Madonna, sin encontrar la actitud adecuada, y la modelo que acababa de ofrecer sus servicios, sería, a buen seguro, aceptada. La hizo colocarse en el estrado, y, en efecto, le dijo que cumplía sus deseos. Alejóse para adelantarle alguna cantidad a cuen-

ta del contrato que haría con ella, y entonces Joline, decidida a todo para suprimir a sus rivales, se abalanzó sobre ella a lo tigre, y ambas mujeres rodaron por el suelo, llevando la peor parte la otra.

Sin embargo, después de la ruda pelea, y cuando Joline hubo puesto a la puerta a la intrusa, ésta vió como la delicada muchacha lloraba y le suplicaba que la perdonase. En compensación de su brutalidad le ofrecía una valiosa sortija.

No fueron precisas muchas palabras para que la otra comprendiese el drama que se desarrollaba en el interior de Joline, y abrazándose, emocionadas, se despidieron...

Inútil describir la escena que se desarrolló después entre Pablo y Joline, al enterarse el primero de la hazaña de la antigua bailarina. Llegó a perder la serenidad... y a maltratarla de palabra...

—No eras tan exigente cuando vivías en aquella bohardilla, de la que acaso no habrías salido nunca si yo no hubiese consagrado mi existencia a hacerte triunfar después de haberte proporcionado la primera ocasión de darte a conocer—recordóle ella—. ¿No me pasé horas y horas sirviéndote de modelo para todas las mujeres que se te ocurrió pintar? Ahí, en esa misma plataforma, me dió más de un calambre, a fuerza de estarme inmóvil mientras tú pintabas a la Bacante y a Cleopatra y a Safo y a Salomé. Y ahora, para pintar tu Madonna, me desprecias a mí por una

modelo con cara de cromo de almanaque... ¿Acaso crees que yo no tengo corazón? ¿Te parece que no sé sentir, y mejor que muchas, lo que padeció Nuestra Señora al ver crucificar a su Hijo?

Joline no era ya la loca bailarina del café montmartrense. Recordaba a su hijito... el misterio doloroso de su vida... y las lágrimas que sureaban sus mejillas eran como brasas...

—¡Joline!—exclamó Pablo—. ¡Mi Joline!

—¡Pablo, Pablo!

Estrecháronse fuertemente contra sí, convencido Pablo de que ya había encontrado la modelo ideal, y segura Joline de que había triunfado sin ficción.

*
* *

Una paz en la que parecía respirarse el místico recogimiento de varios siglos de oración y silencio llenaba el extenso jardín del monasterio.

A pesar del solícito esmero con que lo cuidaban los monjes, hacía ya muchos años que el rosál, con gran desconsuelo de la comunidad, no daba una sola rosa.

Entre los monjes había uno, el más devoto y edificante, que se retiró al monasterio a llorar un pecado de la juventud y se afligía creyendo que el rosál permanecía estéril en señal de que su falta no le había sido perdonada todavía.

—¡Oh, María, Dulce Madre de los afligidos,

torna a tu rosál; hazlo florecer antes de que yo muera, en señal de que tu Divino Hijo me ha perdonado!—imploraba el pecador.

El Prior, bondadoso pastor de almas a las que sabía encaminar blandamente hacia el Cielo, acercóse, aquel día, al monje, y pronunció:

—A veces me pregunto si nuestra continua aflicción por la esterilidad del rosál será aceptable a los ojos de Dios Nuestro Señor; acatemos alegremente su voluntad, que El hará florecer el rosál si así conviene.

Pablo y Joline llegaban en tan solemne momento a la puerta del monasterio. Solicitaron hablar con el Prior al portero, al que Joline ruborizaba con su sana belleza y sus pícaras miradas.

—Usted, señor, puede entrar, pero nuestra Santa Regla nos veda admitir en el monasterio a mujer alguna.

Joline hubo de resignarse, mal que le pesara, a esperar en el coche en que llegaran, y Pablo fué al encuentro del Prior, a quien expuso su deseo de plasmar la leyenda.

—La comunidad se retira a la capilla todas las tardes de doce a tres. Podrá usted, pues, pintar sin que nadie le distraiga.

—Muchísimas gracias, Reverendo Padre. Este es el rosál, ¿no es verdad? Perfectamente... Lo pintaré desde aquí... y allí colocaré a la modelo.

El Prior atajó a Pablo.

—¿Una mujer en el jardín del monasterio?

Eso es absolutamente imposible, amigo mío. Puede usted pintar el rosál, pero no trayendo aquí la modelo.

—Es un imposible. Considere usted, Reverendo Padre, los muchos beneficios que puede reportar un cuadro inspirado en la leyenda de la Madonna de las Rosas. Haga Vuestra Reverencia una excepción en este caso y destinaré a obras piadosas todo lo que produzca el cuadro.

—Siento no poder serle agradable en este punto, amigo mío. Si quiere pintar el cuadro, venga usted solo.

Muy preocupado, regresó Pablo al lado de Joline, y le refirió lo hablado con el Prior.

Y durante la vuelta al hotel, la imaginación de Joline, que solía ser fértil en recursos, no hallaba, sin embargo, solución para el problema que a ella y a Pablo tenía malhumorados.

Mas he aquí que al llegar al hotel, el chico de los dueños sugirió a Joline una gran idea: se disfrazaría de muchacho, y entraría en el monasterio como ayudante de Pablo, transformándose allí mismo en la Madonna cuando fuese necesario.

Pablo quedó encantado, y las sesiones empezaron sin tardanza; y una tarde, mientras aquél pintaba a Joline transfigurada en la Virgen, el monje que hacía penitencia ante el rosál, se acercó al mismo sin ser advertido, y al ver a la Madonna lanzó una exclamación de júbilo y cayó al suelo sin sentido.

Joline y Pablo se asustaron sobremanera.

El pintor pudo aprovechar la visión del monje para hacer un apunte rápido del mismo, y el cuadro prometía ser una maravilla. Pero convenía que nadie los viese allí con el monje sin sentido, y apenas hubo revestido Joline su tra-



Pablo quedó encantado, y las sesiones empezaron sin tardanza.

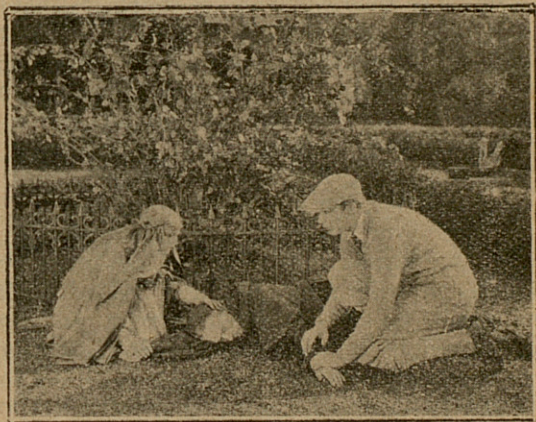
je de muchacho, volvieron al hotel.

Al salir la comunidad de sus oraciones, vió al monje desmayado, y lo retornó solícitamente.

—¡He visto a la Virgen María!—exclamó el penitente.

Nadie daba crédito a sus palabras, y el Prior, bondadoso, murmuró:

—Estáis muy quebrantado, Fray Agustín; la fiebre os perturba con frecuencia, y temo que todo haya sido una alucinación.



Joline y Pablo se asustaron sobremanera.

—No, Reverendo Padre, no fué alucinación; aunque indigno pecador, disfruté de la merced de contemplar a Nuestra Señora; y en prueba de ello veréis como el rosal florece de nuevo.

Joline sentía una inquietud extraña cuya causa no alcanzaba a explicarse.

En la calle, un grupo de vecinos hablaba del milagro que había hecho la Virgen en el monasterio local.

—...Cuando el pobre monje se acercó al rosal, vió a Nuestra Señora que se le aparecía benigna y sonriente.

Joline se echó a reír en su cuarto del hotel.

—¡Qué ironías las de la vida! Tú creíste que yo no podía servirte de modelo para pintar la "Madonna de las Rosas", y ya ves, esas gentes me confundieron nada menos que con el original—dijo a Pablo.

—Déjalas que lo crean.

—Ganas me dan de decir la verdad.

—Por favor, no cometas una tontería.

—¡Qué risa! ¿Y qué diremos de que el rosal vuelva a florecer? ¡Lo que es esa parte del milagro sí tendrá que quedarse para otro día!

Los vecinos seguían comentando el milagro.

—Y Fray Agustín—decía uno de ellos a los demás—murió dichoso dando gracias a Dios que le había permitido no salir de este mundo sin haber visto el rosal cubierto nuevamente de rosas.

—¿Qué dicen esos necios? ¿No has oído, Pablo? ¡Pues no aseguran que el rosal ha florecido! ¡Oh, esto sí que no se puede tolerar!—prosiguió Joline, asombrada.

—No seas tonta; déjalos que crean en el milagro si eso los hace felices.

—No sé hasta qué punto deba yo permitir

que esa ocurrencia mía sea causa de que todos crean en un milagro que nunca ha existido... Decididamente, ¡voy a hablar con el Prior!

—¡Tú no harás eso, Joline!

Fué por de más que Pablo se opusiera a la pretensión de Joline. Esta hizo preparar el coche, y se trasladó al monasterio.

El portero se negaba a permitirle la entrada.

—El Padre Prior no puede recibirla a usted.

—Es preciso que me reciba. ¿Tiene usted un papel y un lápiz, para que le escriba algo a Su Reverencia?

—Tome usted.

Rápidamente, Joline trazó estas líneas para el Santo Varón:

Lo que tengo que decir a Vuestra Reverencia con respecto al rosal es tan importante que hasta el mismo Padre Santo no vacilaría en recibirme.

—¿Quiere usted llevarle este papel al Padre Prior?

—Se lo llevaré, hermana... Puede usted esperar en la capilla.

Joline entró en el sagrado lugar. Una mujer oraba ante la imagen de la Virgen.

Súbitamente, como aguda flecha que en mitad del alma se le clavara, asaltó a Joline el pensamiento de que ante su imagen irían a rezar también los puros de corazón, los menesterosos, los afligidos... y sintió ese inmenso dolor de las vidas en las que la fe, al extinguirse, deja un vacío que nada llena.

El inundada de arrepentimiento y adoración contemplaba a la Dulce Madre.

El portero vino a llamarla, y la condujo al lado del Padre Prior.

Joline no podía hablar.

—¿Qué es lo que deseaba usted decirme con respecto al rosal, hija mía?

Joline escondió su rostro en sus manos, como horrorizada de sí misma.

—¡Pobre hija mía! ¿Tan grave es la falta que no halla usted palabras con que confesarla?

—¡Oh, Reverendo Padre! Soy la modelo del pintor... El difunto Fray Agustín no vió a la Santísima Virgen, sino a mí que, burlando la vigilancia del portero, había entrado en el jardín del monasterio.

—¿Usted?... ¿Entonces...? Pidamos a Dios Nuestro Señor que nos ilumine acerca de lo que deba hacerse. Los caminos de que se vale Dios son misteriosos, hija mía. ¿Quién nos asegura que el milagro, no en cuanto a la aparición de Nuestra Señora, mas sí en otros aspectos, no haya de acontecer? Venga al jardín, hija mía. ¿Ve usted? El rosal se ha cubierto de flores...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!...

—La Santísima Virgen, nuestra madre amorosa, es compendio de humanas perfecciones; por eso, en toda mujer buena y virtuosa hay en determinados momentos un reflejo de ella.

—Pero, Padre, yo no soy lo que Vuestra Reverencia imagina... Yo soy una pecadora...

—Todos pecamos, hija mía, pero, como lo dice el Apóstol: "Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva." Los momentos en que el pobre Fray Agustín creyó ver en usted a la Virgen Nuestra Madre, ¿no fueron también los mismos en que usted empezó a sentir que la gracia de Dios se apode-



—¿Ve usted? El rosal se ha cubierto de flores...

raba de su alma? El rosal que parecía estéril se ha cubierto nuevamente de rosas; mas no es ese el milagro que debe asombrarnos, porque, ¡cuánto más admirable y más milagroso es ver que reflorecen en el alma que agostó la

indiferencia las rosas de la piedad y las virtudes!

—¡Oh, Padre!

—“Vete en paz y no peques más”: así dijo el Divino Maestro a la mujer adúltera. Vaya usted también en paz, hija mía; la Santísima Virgen, que tan manifiestamente la ha tomado bajo su protección, le dará fortaleza para que persevere en el bien.

Joline salió del monasterio dispuesta a renunciar a su antigua vida, y despojóse de todas sus joyas en favor de los pobres, echándolas dentro del cepillo de la comunidad.

Pablo, que estaba esperando a su modelo, la contemplaba con suma extrañeza, y cuando ella iba a marcharse, dejando en la caja bendita el recuerdo de su pasado, le salió al encuentro.

—¿Conque te estás volviendo beata? La influencia del medio, sin duda... Mi receta contra ese comienzo de locura mística es que vuelvas a París cuanto antes — le dijo riéndose abiertamente.

—Te amé mucho, Pablo; llegué a creer que tu amor era todo en la vida... pero Dios ha llamado a las puertas de mi alma, y al morir para el pecado comencé a vivir para el arrepentimiento.

—¡Ja, ja! Perfectamente. Cuando te pase ese ataque de locura místico-sentimental, ven a buscarme. Comeré a las ocho y saldré para París en el tren de las diez; tenlo presente, porque no te esperaré ni un minuto.

Joline tuvo que luchar con dos sentimientos.

—¡Madre mía Santísima, arranca de mi corazón este amor que siento por él; ayúdame a ser buena!

Y supo ser fuerte...

*
* *

París no era ya la misma ciudad para Pablo. Le faltaba la mitad de la vida: su Joline.

Habían pasado muchos meses, durante los cuales Julia Hofer trabajó en humildes ocupaciones para ganarse el sustento; y al cabo de ese tiempo regresó a su aldea para recuperar en ella el tesoro que tuviera que abandonar algunos años atrás.

Fué al convento de las hermanas del Sagrado Corazón, para reclamar a su hijo.

—¿De quién es el niño por el que pregunta?

—Es mío, madre abadesa. Dios me iluminó para que pensara en ganarme la vida honradamente, y ya gano lo suficiente para que mi nene pueda estar a mi lado sin pasar penas.

Se encontró la referencia del niño. Estas palabras escritas en un papel, encontrado hacía cinco años, en el envoltorio del tierno ser:

Le he puesto el nombre de Juan; sean muy buenas con el pobrecito.

Se buscó al niño. Era lindo, robusto, muy gracioso. ¡Y qué dicha experimentó Joline al abrazarle! ¡Nada podía ser comparable a su felicidad!

—¡Hijo mío, mi vida, perdona a tu madre,

que te abandonó! Desde hoy, sólo viviré para ti... ¡Oh, perdóname!

La paz volvió al espíritu de Joline, y el amor de su hijito la compensaba con creces de todas sus fatigas.



Fué al convento de las hermanas del Sagrado Corazón, para reclamar a su hijo.

Pablo, que ignoraba que la célebre Joline era a la sazón la modesta y retraída Julia Hofer, fracasaba en cuantos esfuerzos hacía por encontrarla.

¡Mas he aquí que un día, Julia encontró en mitad del camino a una mujer con un querubí en blanco envoltorio de lana, que se dirigía como ella años atrás, al convento, para abandonarlo...

—¡Oh! ¿Qué iba usted a hacer, desventurada? No abandone a su nene... No desespere...



—¡Oh! ¿Qué iba usted a hacer, desventurada?

Dios es bueno... La Virgen no abandona a las madres que quieren a sus hijos...

La desamparada lloraba. Le faltaban fuerzas para seguir adelante en la vida erizada de zarzas.

—Venga a mi casa... Allí hablaremos... Yo la ayudaré...

Entretanto, el hijo de Julia se entretenía en el centro de la carretera con el hatillo de la madre infeliz. Un *auto* estuvo a punto de atropellarle. Joline, que vió el peligro, gritó con roncós lamentos. El ocupante del coche se apeó, y ¡cuál no sería su sorpresa al reconocerse Julia y Pablo!

—¡¡Tú!!!

—¡Al fin, Joline!

Regresaron a la humilde casa de la modesta obrera.

—¿Aquí vives?

—Aquí he rehecho mi vida, Pablo.

—¿Este es tu hijo?...

—Sí, Pablo. Tú no lo sabías, pero mi historia es idéntica a la de esa pobre madre que yo encontré en el camino... Mi hijo será siempre un obstáculo entre nosotros, Pablo; yo no volveré a abandonarlo por nada del mundo.

Hubo una pausa.

—Yo querría a este niño como si fuera mi hijo, Joline.

—No puede ser, Pablo, no puede ser...

—Tú me amas todavía, ¿no es cierto?

—Sí... Pero ese amor fué precisamente el que me extravió, Pablo... ¡Ah! ¿Por qué no estará aquí el Padre Prior para pedirle consejo?

El niño había simpatizado con Pablo.

—¿Te gustaría salir mañana conmigo, en

automóvil?—preguntó el pintor, acariciándole con verdadero cariño.

—¿En *tomobil*?... ¡Oh, sí! Mamá también, ¿verdad?

—Sí, claro, irá también mamá, y pasaremos por un jardín muy grande y muy bonito en el que encontraremos a un viejecito, cerca de un gran rosál. Y cuando estemos todos junto a ese rosál, el viejecito pronunciará unas palabras que harán que yo quede convertido en tu nuevo papá. ¿No te gustaría eso?

—Sí, sí...

Joline lloraba. La verdadera felicidad había llegado para ella.

Y unos días después, el rosál del monasterio fué testigo del juramento de amor eterno de Joline y Pablo, y el niño, por primera vez, pronunció con acentos de indefinible alegría, la bendita palabra: Papá.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Con esta novela exige usted la postal-obsequio de

LON CHANEY

E. VERDAQUER MORERA.—TARRASA

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela

La Señorita Medianoche

Estupenda creación de

MAE MURRAY

secundada por el gran actor

MONTE BLUE

*Gran éxito en el Pathé Cinema
de Barcelona*

Postal-obsequio:

ALMA RUBENS

**LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA**

Sale todos los viernes

32 páginas.

30 céntimos

Pida usted en cualquier kiosco

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

(LON CHANEY - NORMAN KERRY

MARY PHILBIN)

Precio 50 cts.

Novela de emoción

